

Isla Verde, 21 de mayo de 1985

Querido amigo:

Mucho me alegró tener de sus noticias en días pasados, cuando le llamé por teléfono. Aún no recibo ninguno de los libros suyos que Vd. me anunció. Mucho me temo que los sobres de impresos que no llevan el sello "Air mail" o "First class" los manden por un correo "no aéreo". Sea como fuere, espero que me lleguen y los leeré con el mayor interés. A propósito de su obra propiamente literaria, o narrativa-literaria, quiero decirle que leí en Le Monde del 10 de Mayo una crítica muy elogiosa del libro de Kenneth Patchen, Memorias de un pornógrafo tímido; en ella se dice que su protagonista, Albert Budd, es una suerte de Cándido perdido en los Estados Unidos de hoy. No sé si esta información pueda servirle, ya sea para leer este libro y enriquecer el suyo con esta lectura, ya sea, por el contrario, para evitarlo e impedir que él interfiera con su inspiración y su propósito; demás está decirle que éste me parece muy original y que supongo habrá de ser la expresión de su decantada experiencia de español-catalán trasplantado y arraigado en los Estados Unidos.

En sobre aparte le estoy enviando unas 40 hojas dactilografiadas que contienen algo así como un borrador de lo obra propiamente filosófica que he venido preparando en los últimos años. El libro se titulará Prolegómenos a un empirismo trascendental (ya advertirá Vd. la paradoja, puesto que lo trascendental - - en el sentido de condicionante de la posibilidad del conocimiento - - suele ser tildado de "idealismo" y tenido por constitutivo, o por regulativo al menos de la experiencia); pero acaso tal libro, por la aprobación que merezca, si no por su extensión, (no creo que sobre pase las 150 páginas), merezca el título algo más presuntuoso de Ser y estar, caso en el que el primero pasaría ser subtítulo.

A la manera de los clásicos, he prescindido de notas al [calco?], pero es posible que le agregue al texto un buen número de apéndices relativos a mi deuda con determinados filósofos.

Le decía que estas hojas son hoy por hoy un borrador, un borrador en verdad de la primera parte del libro, libro en el que espero poder trabajar unos dos años más. Sin embargo, en este momento, me parece que puedo aprobar provisionalmente el Prefacio y los siete primeros párrafos de los nueve de que consta esta parte. Me siento por ahora relativamente satisfecho tanto con el propósito anunciado en el Prefacio como con la crítica y reformulación del cogito y con mi tentativa de exhibir que él se da siempre y necesariamente vinculado - - este vínculo es la experiencia - - a algo ajeno a sí, a otro centro de imputación, que llamo lo Otro. Enriquezco aquí, me parece, lo que al respecto escribí en mi libro-tesis, bajo la premura de los plazos por cumplirse. [Empero?], hay en estas hojas una modificación más importante respecto de tal libro. Éste podría interpretarse, y así, en efecto, fue leído en general, como una manifestación más de la llamada "Philosophie de l'Esprit". Los dos últimos párrafos están destinados a consumir una ruptura con todo "espiritualismo": el octavo trata del hombre, tenido por experiencia paradigmática; y el noveno del propio cuerpo vivido como persona. Por desgracia, estos párrafos son los que en menos grado puedo hasta ahora aprobar. Es para mí claro que la última parte del octavo debe ser alterada y que el noveno debe ser repensado y reescrito. Se los incluyo, a pesar de ello, para que, cuando Vd. pueda darse el tiempo de leer mis hojas, sepa al menos hacia donde se encamina esta primera parte.

Comprendo bien que si Vd. no fuera tan bondadoso, me podría contestar que se retiró de Bryn Mawr para no tener que dirigir tesis de filosofía y dedicar todo su tiempo a lo

suyo. Sólo le diré que apelo a su generosidad para pedirle que, ya que Vd. estimuló mis primeros pasos en filosofía, no me niegue sus sabios consejos ahora que pretendo decir lo que espero pueda quedar como mi “filosofía madura”. Por lo demás, dado que se trata de un libro que escribo pausadamente - - unas diez páginas cada dos semanas, cuando puedo, y sujetas a múltiples revisiones - -, no tengo urgencia en que Vd. lea mis parrafadas.

Debo decirle algunas palabras sobre cómo ha de continuar este libro cuyo comienzo tendrá Vd. en borrador entre sus manos dentro de poco.

La primera parte termina afirmando que la experiencia primordial, de que todas las demás experiencias son manifestaciones, es el vínculo a relación yo-lo Otro a través de una percepción sensible vivida corporalmente. La segunda parte se hace cargo de que, por rigurosa que parezca ser la demostración que precede (y acaso aún no lo sea en mi borrador), la experiencia a que allí se apunta no es lo que salemos llamar, en un lenguaje común, “experiencia”. ¿Qué le falta? La referencia a una experiencia hipotética que unifica y coordina las de todos los sujetos, permitiéndoles que se comuniquen entre sí. ¿Quién es el sujeto de esta experiencia que coordina y unifica la mía con la de los demás? Durante milenios se le llamó Dios. Pero a partir de Descartes, se inicia el proceso que llamo de “la secularización de Dios” (el que Pascal adivina o anticipa, por la estampa su protesta en el Memorial). Este proceso culmina con el sujeto trascendental de Kant y los Kantistas y el observador cósmico hipotético de Laplace (en el Tratado sobre las probabilidades), que ahora yo prefiero denominar Sujeto epistemológico omnisciente (SEO). No pretendo en estas [...il-legible], como en mi libro-tesis, apartarme de tal sujeto: por el contrario, se me aparece como un momento esencial y decisivo en el despliegue de la experiencia. Gracias a él aprendemos a ordenar causalmente los fenómenos en un proceso temporal indefinido; gracias a él aparece la racionalidad, teológica primero, científico – tecnológico después. Gracias a él, por fin, me veo finito en este tiempo indefinido, y, por la escasez así revelada de mi propio tiempo, reveladora, a su vez, de otras escaseces, surge el imperativo del trabajo y, según si se acentúe esta escasez o la suerte común de todos los hombres, los sentimientos contrarios y complementarios de rivalidad y solidaridad o fraternidad con los demás.

Lo que la tercera parte pretende afirmar es que este momento descrito en la segunda es sólo eso: un momento, y que debe su constitución misma a la experiencia primordial yo – lo Otro. Si ésta es constituyente respecto del SEO, puede apropiárselo, pero, al hacerlo no lo niega, aprende y recoge todo lo que en esta ingente excursión le fue enseñado. Se podría, pues, decir, hegelianamente, que si el SEO es negación del yo – lo Otro Terminal, que es negación de esa negación, sin pérdida de lo que gracias a ella se adquirió y conquistó.

Perdone, amigo, esta larga disquisición sobre mis pensamientos en curso y que con ellos distraiga la atención que Vd. debe a los suyos. Perdone esta distracción considerando que, en lo que le expongo, está la palabra que, desde que conversamos en El Bosque, en 1947, vengo tratando de decir.

Afectuosos recuerdos a Priscilla, misionera de una noble causa que hago mía  
Un abrazo

[Signatura]

Hace pocos días me comunicaron que me había sido otorgado el emeritus. Gracias, una vez más, por su hiperbólica carta.

No ha contestado Vd. a una pregunta que le hice en mi carta – crítica sobre De la materia a la razón y su nueva versión de El ser y la mente. Al término de esta última obra, en su p. 207, dice Vd. que “la noción de conciencia y autoconciencia” ofrece “las dificultades que hemos destacado antes un tal tipo de antología”. Aunque como verá Vd. al avanzar en esta carta, yo ya no me fundo en esas nociones, me gustaría saber en que parte del libro destaca Vd. tales dificultades. ¿Es en la p. 196?